

# EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 29 de Octubre de 1921.

Número 44.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## A mitad de camino

Es la sensación que me produce todo lo que viene ocurriendo: que la gente se queda a mitad de camino.

El diputado Sr. Solano pronuncia un discurso violentísimo concretando cargos y anunciando que dirá los nombres. Y cuando le piden que los diga, no los dice.

Decidido el ministro de la Guerra a exigir responsabilidades por lo ocurrido en Marruecos, fija su atención en un general y dos coroneles, á quienes se culpaba de no haber cumplido su misión. Pero en vez de someterlos á Consejo de Guerra, los releva.

Parece mal á las Juntas, según se dice, que se los releve y no se les forme Consejo. Pero no sucede nada de lo que llegó á temerse.

Cierva se indigna contra los periódicos que propagan noticias de cierta índole y jura que hará un ejemplar escarmiento. Pero todos sus tiránicos ímpetus quedan reducidos á tener un día en la cárcel á un infeliz redactor de un periódico.

Los ministros liberales del Gabinete no están á gusto con la preponderancia de Cierva. Pero se limitan á ir lo menos posible por el Congreso.

Esto de quedarse á mitad de camino debe de ser muy útil. Porque, ¿y si hay que volverse para atrás?

## La farándula

Se van unos gobernantes y entran otros. Todos son iguales. Son los mismos perros con distintos collares. Los partidos no se

diferencian en España más que en la simple etiqueta con que ellos mismos se rotulan. Se gobierna en conservador, aunque ocupen el Poder los liberales, que únicamente lo son de nombre. De la restauración acá ha predominado un estrecho espíritu conservador en toda la actuación de la política española. El doctrinarismo de Cánovas del Castillo ha pasado de la teoría á la práctica de nuestros gobernantes de todos los partidos. El liberalismo ha sido un disfraz carnavalesco y el sentido de democracia una cosa para la oratoria de mitin. El liberalismo español hay que buscarlo allende la Restauración, cuando los españoles lo sentían y lo practicaban y en muchas ocasiones dieron la sangre y la vida en la defensa de los ideales democráticos.

Pero ¡ahoral...

No hay que culpar mucho á las derechas porque han mantenido esta situación de atonía y de embutimiento en que se encuentra el pueblo español. Esas derechas estaban en su papel. Creen que á las masas populares no les hace falta la ilustración porque ésta las extravía. Hacen bien en sostener que es un bien el analfabetismo de la generalidad del país, por que la ignorancia engendra la sumisión. Obran con lógica cuando pretenden conservar la desigualdad económica que origina la miseria y el hambre, porque de ahí proviene la mansedumbre de las multitudes, resignadas á los rigores de la suerte.

Contra quienes hay que clamar es contra los izquierdas. Ellas faltan á su deber, que les obliga á la defensa de las libertades públicas y hasta de los propios derechos del hombre, que van desapareciendo poco á poco en España.

¿Qué han hecho? ¿Qué hacen?

Han pasado tantas cosas en España en el período de los treinta años últimos, que parece imposible hayan dejado de tener una sanción implacable. Sin embargo, hay que reconocer que este es el país de las impunidades, porque es el país de las diferencias y de las resignaciones.

Cuando miramos más allá de las fronteras y advertimos lo que ocurre en el mundo, nos sentimos moralmente empujados y nos duele más hondo la pesadumbre de nuestras vergüenzas y el dolor de nuestras desdichas sin término.

Y pensamos, con desesperanza infinita, que nuestros males no han de tener jamás remedio.

¿A dónde volver los ojos? ¿En quienes hemos de confiar, con la esperanza de un porvenir más honroso?

Los horizontes de nuestra vida pública están cerrados á toda esperanza.

El pasado nos alecciona trágicamente. Hemos sufrido tantas desventuras, que nos hemos habituado á ellas. Ni una rectificación de conducta, ni un acto de justicia inflexible. En los accesos de histerismo que ha sufrido nuestro pueblo se ha vociferado con arrebatos frenéticos. Voces en el desierto. Se ha pedido el extra-

ñamiento forzoso de la vida pública de algunos prohombres políticos. Roncos de grito, han callado los que protestaban airadamente. A poco se les veía sometidos á los mismos réguels, en vez de extraños, glorificados y poco menos que convertidos en ídolos.

Claro es que si existiera una verdadera opinión liberal que pugnara por hacerse oír en cada momento, todo este artificio de nuestra política se hubiese resquebrajado y venido á tierra. Si los llamados líderes de la democracia fueran sinceros en sus convicciones y leales en su conducta, no allanándose á las claudicaciones ni prestándose á lamentables convencionalismos, es indudable que constituirían una fuerza que tuviera á raya los excesos de un espíritu reaccionario que no tiene límites.

Pero todos son iguales.

¿A dónde volver los ojos? ¿Dónde poner la esperanza? Si siquiera hay que confiar al azar del destino.

ANGEL GUERRA

## DOS VIEJOS

Lloraban, y el hecho me produjo impresión dolorosa. No eran las lágrimas del mendigo reveladoras de sufrimiento y miseria; eran las de quienes todo lo habían pospuesto al triunfo de una idea y veían la inutilidad de sus esfuerzos.

Aquellos hombres eran dos luchadores. Nacidos en aquella época en que para llamarse hombre no bastaba con parecerlo, desde muy jóvenes combatieron por redimir al pueblo de su ignorancia y abyección; y ahora, cuando sus fuerzas estaban en el ocaso, cuando con generosidad astórica habían sacrificado posición y riquezas, se encontraban con una generación imbecil y egoísta.

No fué sólo dolor lo que me hicieron sentir, fué vergüenza; y al comprender que sus censuras eran justísimas, y que las dirigían á toda una sociedad despreocupada y falta de sentido moral hasta lo inverosímil, vivo rubor coloré mis mejillas. ¿A qué negarlo?

Aquellos dos hombres consagrados toda su vida á una misma santa labor, eran tan dignos de respeto como un sacerdote. Examinada su obra, siempre resultará más grande, más sublime el trabajo del que recibe como premio ingratiitud y desengaños, que el de quien, invocando el nombre de Dios y su Iglesia, logra que le auxilien aun sin necesitarlo. Son muy discutibles los beneficios que las religiones proporcionan; pero las ideas infiltradas por hombres heroicos y abnegados en el corazón de sus semejantes ¿cuánta hermosura y bondad encierran?...

«Y estos hombres del presente son los que pasan por liberales é ilustrados? ¿Donde está su talento cuando, aun señalándoles el peligro, caen en el confundamiento? «Pero, en realidad ¿son ignorantes? No;



proceden así por ambición, por traidores, porque transigen con el enemigo con tal de vivir tranquilos; en una palabra, porque carecen de virilidad y nobleza, y sólo tienen de hombres la apariencia. Mas no canten victoria; que si la vanguardia que ellos debieran formar como más obligados la formamos nosotros, ya les llegará su hora.

«¿Cuántas amarguras hemos pasado y cuán inútiles han sido? ¿A quién han aprovechado? La juventud, que en nuestros tiempos era generosa, resuelta y entusiasta, es ahora incapaz de nada bueno, y cuando no permanece indiferente, cruzada de brazos ante las injusticias que debieran excitarla, nos escarnece y califica de estériles nuestros frutos, como si ella no fuese híbrida. ¿Y los demás?... ¡Ah! Cuando considero que les hemos llamado imbéciles, dudo que ellos vean y medran, nosotros conseguimos solamente que nuestras familias, a quienes todo sacrificio le debemos, nos pregunte si la hemos creado para entregarla a la miseria.»

Esto era lo que en sus confidencias se decían, y yo, que soy joven, pero tengo conciencia de que la aspiración del hombre debe ser otra que la de vivir para comer o comer para vivir, yo, que amo a los viejos porque veo en ellos el pasado que puede servirnos de lección provechosa, dudé como ellos si será meritorio proceder de tal manera, y mal dije a los que llaman brutal a la verdad, a los que disfrazan el lenguaje viril con eufemismos y a los que todo lo señifican y envilecen.

Eatonce me acerqué, y al decirles que buscaba su consejo, que esperaba me trazaran un plan para el porvenir, el de mi edad, cuyo aspecto venerable delataba al héroe, al hombre de férrea voluntad y de poder para la lucha grande, me dijo:

«La vida empieza para usted. De los caminos se le presentan: el nuestro, cuyos resultados son bien conocidos, y el opuesto: acomodarse a todo y transigir con todas las infamias, todas las mentiras, y, en pocas palabras, tener mucho sentido práctico. Ahí se encierra toda la ciencia de la vida moderna. Ahora, elija usted.»

Y elegí sin vacilar el primero. Pues si quitamos lo que hace más agradable la vida, la esperanza en el triunfo ¿qué nos queda?

FRANCISCO ORTIZ

## Entre cristianos

### TOROS Y MOROS

El último número de EL MOTIN que llega a mis manos publica tres escritos firmados por mujeres. Con dos firmas más y la suya, el abuelo N. kens ha compuesto el hoy diminuto periódico que fué tan grande un día.

«Oh, aquí EL MOTIN en colores, y aquellos tiempos! Mi padre, militar y monárquico, lo compraba.

Ese periodiquillo que tanto representa, no tiene apenas colaboradores ya: Fray Gerundio, Juan Gil, Juan Pérez, Litran, alguna vez.

Toda firma reputada de liberal debiera imponerse en estos tiempos vergonzosos la obligación de colaborar en EL MOTIN. A falta de las buenas, honraré la mía intercalándola entre las de esas generosas y

nobles mujeres que inútilmente dan a los hombres ejemplos de dignidad.

¿De qué escribo? ¡Bah! Da lo mismo. Lo he dicho y es convicción; cuando se haga es inútil. El triunfo del clericalismo es definitivo en España; y si EL MOTIN se publica y se tolera aun, se debe sin duda a que se tiene la seguridad de que lo leeremos solamente cuatro chiflados, calificativo que hoy se aplica a todos los convencidos.

Por absurdo que sea el caso, es; el corazón de España está reconcentrado en el Cerro de los Argiles, como la Guardia Civil estuvo recientemente reconcentrada en las residencias de los jefes; así consta en aquel monumento nacional.

Y qué mal hay en ello? Ninguno realmente. Hemos sufrido lo el desastre de Marruecos y sufriremos las consecuencias que han de sernos más desastrosas que el desastre mismo; pero el patriotismo se ha exaltado, y el 1.º de hispano ha sacudido su melena, y el Rff vuelve a ser nuestro. Y tan nuestro. Una prueba:

En un Círculo de esta población, al que concurren personas honorabilísimas y casi todas cultas, hay colocado un pizarrón al pie de la hermosa escalera principal, y en él se leen las noticias interesantes del día; ahora las de Marruecos.

Era uno de los días tristes, —quiero decir más tristes que todos los días españoles— y la lectura de aquellos partes causaba escalofríos: «Combate durísimo; enemigo huyó dejando campo muchos muertos. También nosotros sufrimos sensibles bajas.» «Relación de muertos y heridos...» Y seguía la lista de nombres; una relación larga, muy larga y desconsoladora, a pesar de que el enemigo había huido dejando muchos muertos en el campo.

Y al pie de aquella fútil lista de nombres españoles, se colocó un telegrama escrito en español también, y que leí rojo de vergüenza: «Llegaron toros; preciosa lámina; hay gran demanda de localidades; entusiasmo delirante por corridas anunciadas.» Y firmaba: la Empresa.

¿Y para esas Empresas no hay previa censura? me dije tendiendo la mano como para romper el telegrama en mi primer impulso de indignación; mas me contuve pensando: «¿Para qué romper ese papel infamante? Quien ahí lo ha puesto estaba autorizado para ello; de seguro. Fuera imprudencia arrancarlo.»

Y allí quedé, debajo de la relación de muertos y heridos, como un símbolo, sirviendo de pedestal a los nombres de los muertos y heridos en defensa de la Patria.

Igual ocurrió cuando el combate de Cavite; tarde de toros. Y cuando la pérdida de las Colonias. Como siempre. España no avanza. ¡Sí, sí, avanza!

Por esto ha venido EL MOTIN tan a menos; mas todavía sirve para que podamos publicar verdades los chiflados que lo leemos.

MARCOS MARQUEZ

Alicante.

## Las leyes se van

La gran revolución de nuestra época consiste en que las leyes han perdido su imperio. Si se habla de la majestad de la ley, como si fuese una diosa descendida de un mundo superior, la gente lo escucha incrédula porque sabe ya que la ley es de origen humano, como la religión, y

que, como ésta, ha pasado por transformaciones análogas. Se tiene por averiguado que los siglos que fueron han legado al presente tanto sus leyes como sus supersticiones, y esa vieja herencia, celta, ibérica, judía o romana, franca, sueva o visigoda, no es para nosotros más que un resumen de todas las opresiones antiguas.

Así como comparando las religiones se ha demostrado que proceden todas de un mismo origen quimérico, la legislación comparada nos ha convencido de que las leyes, confeccionadas por los fuertes contra los débiles, han sido siempre una agravación de la injusticia. ¿No es un capricho, no es una maldad, no es una infamia que hayan sido erigidas en artículos de ley las injusticias que nos rodean? En todas las revoluciones son siempre los amos y los sacerdotes los que han resistido a las rebeliones de la equidad.

Actualmente es tan grande la diferencia entre las leyes y las concepciones modernas de la justicia, que los jueces mismos, investidos de la magistratura y encargados de pronunciar veredictos de culpabilidad o de inocencia contra un reo, se ven obligados no pocas veces a ponerse en contradicción con la ley para obedecer a su sentimiento de equidad. Los jueces, para salvar una cabeza que la justicia histórica reclama, niegan tra que lamente un acto que están seguros de haberse cometido. Que el juez se dé cuenta de ello o que obedezca simplemente a su conciencia, no significa que sea menos verdad el que las leyes resultan por sí mismas embarazosas y son una trabaja a todo lo noble y espontáneo; en cada hecho apela, no a una jurisprudencia exterior, sino a su propia conciencia; las leyes, como los dogmas, al pasar por el tamiz de la crítica, han perdido su carácter augusto. No vivimos ya en aquellos tiempos en que aparecían en la cambre de una montaña entre el zig zag de los relámpagos y el ruido de los truenos ante un pueblo prosternado: el Código, como la Biblia, no es más que un libro sin autoridad, del que cada siglo y cada hombre ha desgarrado algunas páginas.

E. RECLUS

## Toros y religión

El cardenal Gasparri ha fulminado voto, excomunión y anatema contra las corridas de toros.

En una carta que Su Eminencia purpurada ha dirigido al presidente de la Sociedad Protectora de Animales de Tolosa, afirma que desobedecen a la Santa Sede y se ciscan en la bula de San Pio V, y cometen pecado mortal y toman butaca para el infierno los que asisten a las lidias de reses bravas, las autorizan, favorecen y fomentan.

Si en España hubiera fe, esa epístola de su cardinalidad Eminencia provocaría una explosión y una conmoción sísmica.

Pero aquí no hay feligrés que no crea más en Granero o en Rubichi que en Nuestro Señor Jesucristo y que no admita el dogma católico con la condición de que no sufra detrimento y menoscabo el dogma flamenco.

Por eso ese monitorio del distinguido prelado romano no moverá en



España una hoja ni turbará la paz de una sola conciencia.

Y si la alterara, ahí está el canónigo sevillano y macareno Pabón, gran admirador y beatificador de Joseíto, para librar de escrúpulos a los timoratos y gastarse toda el agua del Guadalquivir en bendiciones y echar más absoluciones y responsos a la pecadora gallería que letras tiene el breviario.

Nuestro jacarandoso canónigo hispalense é isidoriano no opina que haya incompatibilidad y conflicto entre la religión y la tauromaquia.

Por el contrario, sostiene que existe entre una y otra la más compenetrada afinidad, que ambas casan muy bien, emparejan admirablemente, hacen yunta y *pendant* y se completan y complementan a las mil maravillas.

Y en la misma idea abunda y en el mismo sacramento y hostia comulga toda la cristiandad hispana é ibérica.

Nuestras mujeres no distinguen entre la teja y la montera, entre el manteo y la capa, entre el traje talar y el de luces, entre el latín de la misa y la jerga torera, entre la coleta y la coronilla, entre rabones y rabudos, berrendos y reverendos.

A unos y otros aman y miman por igual. A unos y otros adora el pueblo con estúpido fanatismo, con bárbara idolatría.

Toros y altar, teodicea y *toreodicea*—los dos más poderosos estupefactantes de la raza—comparten aquí la devoción y la admiración de los papantistas.

La misma clientela frecuenta las iglesias que las casas taurinas. En esta tierra de ajos no descuidamos ni el servicio de Dios ni el culto de Apis. Vamos del templo al tauródromo, de la corrala al sermón.

Catolicismo y torería son dos artes distintas y una misma teurgia. Ambas á dos cosas santas, reveladas hipóstasis, sendos misterios elusivos.

El matador de cartel primero perderá las zapatillas que olvidará el escapulario, el amuleto ó la medallita con el *detente*, *cuerno*.

La afición antes negará á su padre que al prognato de Triana ó al icono ó fetiche milagroso del lugar.

Nuestra fe torera y tradicional es de las que se tragan las Penibéticas y se beben los Atlánticos.

San Juan de Sahagún fué canonizado porque en un callejón de Salamanca ó Valladolid libró al pueblo de un toro desmandado dándole unos recortes de capa.

En un pueblecito manchego ó castellano hay un retablo en que un Cristo salva á un picador á punto de ser empujonado por una miura desclavando los brazos de la cruz, desciñéndose el trapo que tapa sus partes y alejando al morlaco con un soberbio quite.

Padre nuestro José Gómez, que está en los cielos...

ANGEL SAMBLANCAT  
Prisión Celular de Barcelona.

## Décimas curiosas

Lo son las siguientes del P. Isla, quejándose de la prohibición de leer sus libros:

I  
Aunque por diversos modos  
la emulación obre ya,  
mi Gerundio impreso está  
en la memoria de todos.  
No se librarán de apodos  
los truhanes habladores,  
gárrulos dedicadores;  
y mucho mejor obrara  
la Inquisición, si mandara  
recoger predicadores.

II  
¿Qué es ver subir á un bufón  
con cerquillo y con capilla,  
y con una seguitilla  
dar principio á su sermón?  
¿Y ha de haber Inquisición  
que esto consienta y permita  
(aunque sea un carmelita)  
y prohíba á los por tres  
de misión, ó á demás  
un sermón hermafrodita?

III  
Pues ¿qué diremos del que  
con sacrilega osadía  
nos persuadé una herejía  
como artículo de fe?  
Tampoco sabrá el porqué  
ni Dios quiso ni dispuso,  
sólo porque así está en uso  
en vez de milagro cuela,  
y es tal vez una novela  
que aquél gerundio compuso.

IV  
Y ¿qué es á otros oír truncar  
sagrados textos sin tino  
siendo un puro desatino  
su modo de acomodar?  
Si algún santo ha de elogiar  
todo es por comparaciones  
y necias desproporcionas,  
con que sobre Dios le elevan.  
¿Y qué sobre estos no lluevan  
las corozas á montones!

V  
Tan severo tribunal  
fuera mejor que celara  
que del carro no tirara  
tanto grosero animal.  
Hombre justo, león real,  
águila de agudo pico  
y buey grave no replico,  
que así el profeta lo vió;  
¿mas quien dirá que se halló  
entre los cuatro un borrico?

VI  
Recoja sabio advertido  
el tribunal de la fe  
Gerundios que andan á pie  
y hacen daño conocido.  
No preste piadoso oído  
á tanto Gerundio orate,  
y de persuadirse trate  
que las quejas aparenta  
porque le falta la renta  
del tabaco y chocolate.

## Charlas de ultratumba

—Buenos días, doña Clara.  
—Buenos días, don Sobón.  
—De dar un aseito, ¿eh?

—Sí, hay que aprovechar el sol que se va, antes que el invierno nos ate los pies y no se pueda salir de casa.

—Está usted muy bueno, y de buen color.

—Sí, me trato todo lo bien que puedo. La pobre Casilda se desvive por hacer mi pobreza menos dura. ¿Ya recordará usted que entramos en el mes de las ánimas.

—Sí, en Noviembre; ya lo pregonan por ahí los puestos de las castañas asadas.

—Y la voz de la Iglesia que recuerda á los fieles las miserias y rápida duración de la vida. No somos nada, doña Clara, nada.

—Tanto como nada... Pues usted, si yo no ando equivocada, está muy cerca de los setenta y dos.

—¿Y qué es eso comparado con la eternidad? Usted se acordará mucho de su difunto esposo; yo parece que le estoy viendo.

—Ya lo creo, y eso que hace quince años que murió.

—Hay que encomendarlo á Dios, y ofrecer misas en su sufragio.

—Ya lo hago, y misas algunas le llevo dichas. Yo creo que ya estará en el cielo.

—¿Quién lo sabe! la justicia divina hila muy delgado y hay alma que ha estado en el purgatorio miles y miles de años.

—No le aplicarían sufragios.

—Es claro.

—Yo creo que he hecho lo que he podido.

—Nunca se hace lo bastante para salvar á un alma: tiene tanto valor ante Dios... Y á propósito, ¿supongo que este año también dirá usted sus diez misas de costumbre por su esposo?

—(Ya apareció el peine). Pues, la verdad; ando ahora muy mal de cuartos, y había pensado suprimirlas.

—¿Vá game Dios! ¿Y en esto iba usted á poner la economía? Quite, suprima algo de las cosas superfluas, y no ande con cicaterías con las cosas de la otra vida.

—Es que también, Padre, los que quejamos por acá hemos de ver como nos las arreglamos. Todo está por las nubes.

—Sí, pero las almas son agradecidas: no haga usted tal cosa. Su esposo desde el otro mundo maldeciría su poco celo.

—Bueno, bueno; necesitaba hacerme un vestido, pero ya que mi difunto lo necesita... El jueves se las llevaré.

—El se lo centuplicará, créame. Vaya, me voy que es tarde y á las siete es el rosario en las Teresas. Hasta el jueves, doña Clara.

—Hasta el jueves, don Sobón.

—Dios la bendiga. (Si no ando listo me quedo este año sin los diez duros).

FRAY GERUNDIO



